

aunque algo retardaba su marcha la multitud de curiosos que salía á los caminos reales, y la detención que hacían en los lugares de importancia. Encontróles en el camino otra embajada enviada de la capital. Componíanla varios señores aztecas, cargados como era de costumbre, de ricas dádivas de oro y finas vestiduras de plumas y pieles.

El mensaje del emperador estaba concebido en los mismos términos deprecatorios que antes, insistía todavía en rogar que los españoles se volvieran, ofreciendo cuatro cargas de oro al general, una para cada uno de sus capitanes y un tributo anual al monarca español.¹ ¡Tan fuertemente así había sido dominado por la superstición el espíritu altanero y esforzado del monarca indio!

Mas el hombre á quien no arredraba el aparato bélico, menos podía ser doblegado por femeniles súplicas. Recibió, pues, á la embajada, como lo tenía de costumbre, con comedimiento, pero insistía en que no podía volver á presentarse ante su soberano sin haber hecho antes una visita al emperador azteca en su corte misma, y que sería mas fácil arreglar los negocios por medio de una entrevista personal, que por medio de negociaciones indirectas añadió que los españoles venían de paz como lo ve-

¹ La carga ordinaria de un *taman* mexicano, era de cosa de 50 libras, ó 800 onzas. Clavijero, Stor. del Messico, tomo III, p. 69, notas.

ría Moteuczoma; pero que si le causaba enojo la presencia de aquellos, fácilmente podría escusárselo.¹

El monarca azteca era entre tanto víctima de los mas terribles temores. Es de advertir que cuando había enviado esta última embajada, todavía los españoles no habían bajado las montañas; así es que cuando supo esto que se había verificado, que sus enemigos venían atravesando el valle y que se encontraban á los umbrales de la capital, se extinguió en su seno hasta la última chispa de esperanza. Semejante á aquel que de improviso se encuentra á orillas de un tenebroso y tremendo abismo, quedó desconcertado de tal suerte, que le fué imposible combinar sus ideas ni aun comprender cuál era su situación: se creía la víctima mas forzosa de un destino tiránico, contra el cual nada valían ni la prevision ni las precauciones: parecía como que sus playas habían sido invadidas por seres sobrenaturales que procedían de un planeta remoto, pues tan estraños así eran aquellos hombres por su aspecto y costumbres, y tan superiores así [aunque solo eran un pañado] á las numerosas tribus de Anáhuac, en valor, peri-

¹ Sahagun, Hist. de la Nueva-España, lib. 12, cap. 12. Rel. Seg. de Cortés en Lorenzana, pág. 73. Herrera, Hist. gral., dec. 2, lib. 7, cap. 3. Gomara, Crónica, cap. 61. Oviedo, Hist. de las Ind., MS., lib. 33, cap. 5. Bernal Diaz, Hist. de la Conq., cap. 87.

cia y demas elementos de la guerra. Ya estaban en el valle; las enormes montañas con que la naturaleza parece que habia tenido tanto cuidado en defenderlo, habian sido salvadas. La dorada perspectiva de paz y tranquilidad con que se habia regalado por tanto tiempo, el señorío que habia heredado de sus abuelos, sus poderosos dominios, todo iba á desaparecer. ¡Aquello era un ensueño horrible, del cual no debia volver el infeliz, sino para despertar á una realidad aun mas horrible!

En un raptó de desesperacion, determinó encerrarse en su palacio, rehusó tomar ningun alimento, confiando en que las deprecaciones y los sacrificios aplacarían á los dioses; pero los oráculos se mostraron mudos. Entonces recurrió al medio mas sencillo de convocar un consejo compuesto de los principales y mas antiguos nobles. La misma discordia de opiniones que antes habia reinado, volvió á reinar ahora. Cacama, el jóven príncipe de Tetzcoco y sobrino del emperador, era de parecer que se recibiese á los españoles cortesmente, como se acostumbraba hacerlo con los embajadores de todo príncipe extranjero. Cuitlahua, el mas animoso de los hermanos de Mo-teuczoma, persuadia á éste á que levantase todos sus ejércitos y arrojase de la capital á sus invasores, ó á perecer en la contienda. Mas el monarca no se encontraba con el esfuerzo bastante para hacer este último impulso. Con ademan abatido y los ojos ha-

jos, exclamó: "¿De qué servirá esta resistencia si los dioses mismos se han declarado en contra nuestra? ¹ Tiemblo por la suerte de los ancianos y de los enfermos, de las mugeres y de los niños, á quienes no es dado ni huir ni pelear; en cuanto á mí y á los valientes que me rodean, opondremos nuestros pechos á la tempestad y lucharemos con todas nuestras fuerzas." En este adolorido y patético tono. cuentan que espresó el emperador azteca, la amargura de su pesar. Mas glorioso hubiera sido para él, poner la capital en estado de defensa, y resolverse como los últimos Paleólogos, á quedar sepultado bajo sus ruinas. ²

Determinó mandar al punto una última embajada, presidida por su sobrino el príncipe de Tetzcoco, para que condujese á los españoles á México.

Estos entre tanto habian llegado á Mecameca, ciudad bien construida y que contaba algunos miles de habitantes. Recibiéles amistosamente el cacique, fueron alojados en cómodas y espaciosas casas de piedra, y les hicieron al partir de allí, un regalo en el que entre otras cosas habia tres mil castellanos

¹ No era esta la resolucion del héroe romano.
"Victrix causa Diis placuid; sed victa Catoni."
(Lucan, lib. 2, v. 128.)

² Sahagun, Hist. de la Nueva-España, MS., lib. 12, cap. 13. Torquemada, Monarquía Ind., lib. 4, cap. 44. Gomara, Crónica, cap. 63.

de oro. ¹ Detuviéronse en este punto dos días, después de los cuales bajaron por los floridos campos de maíz y plantíos de maguey, los últimos de los cuales pudieran llamarse los viñedos de Anáhuac, que se encuentra hácia el lago de Chalco.

El lugar en donde ellos descansaron aquel día, fué Ajoztzingo, ciudad de considerable tamaño, y gran parte de la cual estaba construida sobre estacas clavadas en el agua. Era la primera muestra que veían los españoles, de esta especie de arquitectura marítima. Los canales que atravesaban la ciudad á manera de calles, presentaban una escena muy animada, á causa del gran número de barcos que los atravesaban de arriba abajo, cargados de víveres y otros artículos destinados al consumo de los habitantes. Mas lo que principalmente llamó la atención de los españoles fué la comodidad de las casas, de ordinario de piedra y de buena arquitectura, y las señales de opulencia y elegancia que se encontraba por todas partes. No obstante que Cortés recibió grandes demostraciones de hospitalidad, no dejó de inspirarle alguna desconfianza el ahinco quo tenían los naturales por acercarse á los españoles. ² Nn

¹ El señor de esta provincia y pueblo me dió hasta carenta esclavas y tres mil castellanos; y dos días que allí estuve nos proveyó muy cumplidamente de todo lo necesario para nuestra comida." Rel. seg. de Cortés en Lorenzana, pág. 74.

² "De todas partes era infinita la gente que de un cabo á otro concurrían á mirar los españoles; é maravillábanse mucho de los ver. Tenían grande espacio y atención en mirar lo

contentos con verles en las calles, algunos indios se introdujeron clandestinamente en los cuarteles, y quince ó veinte de aquellos infelices fueron matados por centinelas que los tomaron por espías. Sin embargo, según lo que se puede juzgar después de tanto tiempo, semejante sospecha no fué fundada. La mal encubierta desconfianza de la corte y las precauciones que los aliados habían aconsejado al general, no solo hicieron á éste estar bajo la debida guardia sino que en el caso presente avivaron mucho sus temores de inminente riesgo. ¹

A la madrugada del día siguiente, estando el ejército preparándose para emprender su marcha, llegó un correo á suplicar al general que la difiriese hasta después de que llegase el rey de Tetzcuco, que venía ya en camino á recibirlos. No pasó mucho sin que éste se presentase, conducido en una especie de litera ricamente adornada con láminas de oro y piedras preciosas, con pilares primorosamente trabajados que soportaban un dosel de plumas verdes,

caballos; decían estos son "Teules," que quiere decir "demonios. Oviedo, Hist. de las Ind., MS., lib. 34, cap. 5.

¹ Cortés habló al emperador de este suceso con toda frialdad. "En aquella noche tuve tal guardia, que así de espías que venían por el agua en canoas, como de otras que por la sierra abajaban á ver si había aparejo para ejecutar su voluntad, amanecieron casi quince ó veinte que las nuestras las habían tomado y muerto. Por manera que pocas volvieron á dar su respuesta del aviso que venían á tomar." Rel. Seg. de Cortés en Lorenzana, pág. 74.

color favorito de los príncipes aztecas. Acompañábale un numeroso séquito de nobles y de criados. Al presentarse ante Cortés, se bajó de la litera y sus sirvientes barrieron el terreno por donde debía transitar. Era un jóven de cosa de 25 años de edad, de agradable apostura, erguido y de magestuoso porte. Saludó á Cortés como se acostumbraba entre las personas de alta clase, tocando el suelo con la mano derecha y llevándola en seguida á la cabeza. Al alzarse del suelo lo abrazó Cortés y el príncipe le dijo que venia enviado por Moteuczoma para conducirlos á la corte. Regaló al general español tres perlas de extraordinario tamaño y belleza; y este en recompensa le puso al cuello un collar de cuentas de vidrio, que siendo en aquella tierra tan raras como los diamantes, debieron de parecerle tan valiosas como estos. Despues de haberse trocado recíprocamente los mas espresivos cumplimientos, y de las mas rendidas protestas por parte de Cortés, se despidió el príncipe indio dejando en los españoles una idea de la eminencia de su estado y poder, muy superior á quanto habian visto hasta entonces. †

1 Ibid, ubi supra á Gomara, Crónica, cap. 64. Ixtlilxochilt, Historia Chich. MS., cap. 85. Oviedo, Hist. de las Ind., MS., lib. 33, cap. 5.

Llegó con el mayor fausto y grandeza que ningun señor de los mexicanos habiamos visto traer y lo tuvimos por muy gran cosa, y platicamos entre nosotros que cuando aquel cacique traia tanto triunfo, ¿qué haria el gran Moteuczoma? B. Diaz, Hist. de la Conq., cap. 87.

Continuande su marcha, siguió el ejército la orilla meridional del lago de Chalco, poblado entónces de espesas selvas y cubierto de jardines y huertos llenos de frutas propias del otoño, que aunque de nombre desconocidas, tenian los mas vivos y encantadores colores. Mas frecuentemente transitaban por campos sembrados donde ondeaban las doradas espigas, y regados por multitud de canales que venian del lago inmediato: todo atestiguaba una labranza económica y esmerada, cual se necesitaba para el sustento de una crecida poblacion.

Apartándose de la llanura tomaron los españoles el dique ó calzada que separa por cuatro ó cinco millas los lagos de Chalco y de Xochicalco, hácia el O. En los puntos mas angostos era como una lanza, y en los mas anchos tenia amplitud bastante para que caminasen ocho ginetes de frente, éra de macisa estructura de cal y canto, atravesaba enteramente el lago, y asombró á los españoles por ser una de las obras mas admirables que habian visto. Al caminar por la calzada, gustaron del alegre espectáculo que ofrecia aquella multitud de rápidas piraguas en que venian los indios á conocer á los estrangeros, ó en que conducian á las poblaciones inmediatas los productos del pais. Sorprndióles no menos, la vista de las *chinampas* ó jardines flotantes, esas verdes islas errantes de que hablaremos despues, y que cargadas de flores y de frutos

se movian como balsas en las aguas. Al rededor de toda la orilla del lago y algunas veces á lo lejos dentro de él, se medio divisaban los pueblillos y aldeas medio ocultos por el follage, y que formando blancos grupos en la ribera, parecian á lo lejos parvadas de cisnes que descansaban blandamente sobre la superficie de las ondas. Un espectáculo tan nuevo y tan maravilloso, llenó de admiracion el duro corazon de los soldados: pareciales todo aquello cosa de encanto, y no encontraban con qué compararlo, mas que con los encantos mágicos de "Amadis de Gaula."¹ Y en verdad que pocas pinturas, ya de este, ya de otros romances de caballería, podian igualar á lo que realmente estaban presenciando. La vida de los aventureros del Nuevo-Mundo era un romance puesto en accion. ¿Qué tiene, pues, de admirar, que el español de aquellos tiempos cuya imaginacion se alimentaba en su patria con encantados ensueños, y fuera de ella con encantadoras realidades, haya desplegado ese entusiasmo quijotesco, esa romancesca exaltacion de carácter que

1 "Nos quedamos admirados," dice el candoroso Diaz, y "deziarnos que parecia á las cosas de encantamiento que cuentan en el libro de Amadis." (Ibid, loco citato.) Una edicion de este célebre romance, con todos los atavíos de la lengua castellana, habia aparecido antes de esta época, pues que en el prólogo de la edicion publicada en 1521 ya se habla de otra hecha en tiempo de los reyes católicos. V. Cervantes, Don Quijote, edicion de Pellicer, (Madrid 1797) tomo primero, discurso preliminar.)

no pueden comprender las heladas almas de otros paises.

En la medianía del lago hizo alto el ejército en la ciudad de Cuitlahuac, lugar de mediano tamaño, pero notable por la belleza de los edificios, que segun el dicho de Cortés eran los mas hermosos que hasta entonces habia visto. ¹ Despues de descansar un poco en este punto, prosiguieron su camino por la calzada, la cual aunque era mas ancha en su parte septentrional, ofreció grandes dificultades para ser transitada á causa de la multitud de indios, que no contentos con ver á los españoles desde las canoas, saltaban á las riberas y las llenaban enteramente. El general, temeroso no solo de que se desordenasen sus filas, sino de que aquella familiaridad disipase el saludable miedo que queria le tuviesen los indios, *mandó* despojar, teniendo que recurrir para conseguirlo, no solo al mandato sino á la amenaza. Al paso que iban adelantando, encontraban muy diversas disposiciones respecto de Moteuczoma: solo se hablaba de su pompa y poderio, nada de su opresion. Al contrario de lo que sucede comunmente, el respeto á la corte parece que crecia con la inmediacion á ella.

De la calzada pasó el ejército á una estrecha len-

1 "Una ciudad la mas hermosa aunque pequeña que hasta entonces habiamos visto, así de muy bien obradas casas y torres, como de la buena orden que en el fundamento de ella habia por ser armada toda sobre agua." Rel. Seg. de Cortés, en Lo-

gua de tierra que separa la laguna de Tetzoco de las aguas de Chalco; las que en aquellos tiempos ocupaban muchas millas, bien que ahora están muy reducidas.¹

Después de atrevesar aquella península, entraron en la residencia real de Ixtapalapam, lugar que, según Cortés contenía de doce á quince mil casas.² Era gobernado por Cuitlahuac, hermano del emperador, cuyo príncipe para honrar más al general, había convidado á los señores de las ciudades comarcanas dependientes como él de la real casa de México, á que asistiesen al recibimiento. Verificóse este con gran ceremonia, y después de los regalos de oro

renzana, pág. 76. Los españoles denominaron á esta ciudad acuática Venezuela ó pequeña Venecia. Toribio, Hist. de las Ind., MS. part. X, cap. 4.

¹ M. Humboldt en su admirable mapa del Valle de México ha designado con puntos, los límites conjeturales del antiguo lago. (Atlas géographique et physique de la Nouvelle-Espagne. (Paris 1511) mapa 3.) Mas no obstante el gran cuidado con que está hecho, no siempre es fácil acordar su topografía con el itinerario de los conquistadores, ni mucho menos cuando el aspecto del país ha variado tanto, por causas naturales y artificiales. Aun menos posible es conciliar dicho itinerario con los mapas de Clavijero, López, Robertson y otros, que ignoraban igualmente la topografía y la historia.

² Muchos escritores hablan de una visita que al ir á la capital hicieron á Tetzoco los españoles, Torquemada, Monarquía Ind., lib. 4, cap. 42. Solís, Conquista, lib. 3, cap. 9.—Herrera, Historia general, dec. 2, libro 7, cap. 4.—Clavijero, Storia del Messico, tom. 3, pág. 74.—Este improbable episodio que (de paso sea dicho) ha inducido á estos autores á muchas dudas, por no decir á muchos disparates geográficos, es demasiado interesante para que lo hayan pasado en silencio Bernal Díaz en su minuciosísima relación, y Cortés, ninguno de los cuales habla de semejante cosa.

y telas que era de costumbre, se sirvió á los españoles un banquete en uno de los salones del palacio.¹

La belleza de la arquitectura excitó otra vez la admiración del general, quien en uno de sus arrebatos de entusiasmo, no dudó en asegurar que algunos de aquellos edificios eran iguales á los mejores de España.² Eran de piedra, los techos de fragante cedro, y las paredes estaban tapizadas de algodones finísimos, teñidos de los más brillantes colores.

Pero el orgullo de Ixtapalapam, el objeto en que su señor había gastado profusamente su caudal y sus desvelos, eran sus famosos jardines. Ocupaban un inmenso espacio de tierra: formaban cuadrados regulares y los canales que separaban á unos de otros, estaban en sus orillas cubiertos de flores y arbustos que embalsamaban el ambiente con su dulce perfume. Los jardines estaban cercados de árboles frutales traídos de lugares remotos, y en el centro se ostentaba la inmensidad de vistosas flores que forman la Flora mexicana, dispuestas científicamente y creciendo lozanas bajo la influencia del clima templado y uniforme propio de la mesa central. La sequedad natural de la atmósfera estaba remediada por medio de numerosos acueductos y ca-

¹ "E me dieron," dice Cortés, "hasta tres ó cuatro mil castellanos, y algunas esclavas y ropa, y me dieron muy buen acogimiento." Rel. seg. en Lorenzana, p. 76.

² "Tiene el señor dellas unas cosas nuevas que aun no están acabadas, que son tan buenas como las mejores de España, digo de grandes y bien labradas." Ibid, ubi supra.

nales que atravesaban el suelo en todas direcciones. En un lugar adecuado habia una pajarera llena de multitud de aves notables en esta region, tanto por la brillantez de su plumage, como por lo sonoro de su canto. Los jardines estaban separados por canales que iban á terminar en el lago de Tetzcoco, y que tenian anchura suficiente para que los transitasen las canoas procedentes de él. Pero la obra mas acabada era un enorme estanque de piedra, donde habia multitud de peces. Tenia 1,600 pasos de circunferencia y estaba cercado de un muro tan grueso, que podian caber en él cuatro personas de frente. El interior estaba primorosamente esculpido, y se bajaba al fondo por una escalera de varias gradas. Esta agua surtia á los acueductos arriba mencionados, ó reunida en fuentes difundia una perpétua y grata frescura.

Tal es la descripcion que se nos ha trasmitido de lo que eran aquellos celebrados jardines en una época en que en Europa no se conocian establecimientos de horticultura; ¹ por manera que bien pudiéramos dudar de su existencia en un pais tan inculto, á no ser porque fué notoria y ha quedado atestiguada explícitamente por los invasores. Mas apenas habia trascurrido una generacion despues de la conquista, cuando ya se habia verificado el mas tris-

¹ El primer jardin de plantas que hubo en Europa, se cuenta que fué el de Padua en 1545. Corli, Cartas americanas, to-
1.º, carta 21.

te cambio de aquellos hermosos paisages. La ciudad misma ha sido abandonada, y en las riberas del lago están amontonadas las ruinas de los edificios que formaron en un tiempo su ornamento y su gloria. ¡A los jardines tocó la misma suerte que á la ciudad: al retirarse las aguas, los dejaron privados de alimento; y convirtieron aquella florida pradara en triste é inmundo pantano, morada de viles reptiles; y el pato acuático construye su nido donde fué en otro tiempo el palacio de los reyes. ¹

Cortés pernoctó en la ciudad de Ixtapalapam. Ya podemos figurarnos la turba de ideas que se agolpó al espíritu del conquistador, en vísperas de entrar con el puñado de sus compañeros á la capital de un monarca que no solo contaba con los recursos de la civilizaci6n, sino que le veia con aversion y desconfianza. Esta capital, que solo distaba algunas millas, se percidia desde Ixtapalapam: las largas filas de relucientes casas, heridas por los rayos del sol de la tarde, reflejaban su imágen trémula en las azuladas y oscuras aguas del lago, y parecian mas bien una creacion imaginaria, que la obra de manos mortales. En esta ciudad encantada, debia Cortés verificar su entrada á la mañana siguiente.

¹ Relac. seg. de Cortés en Lorenzana, pág. 77. Herrera, Hist. general, dec. 2, lib. 7, cap. 44. Sahagun, Hist. de la Nueva-España, libro 12, cap. 13. Oviedo, Hist. de las Ind., MS., lib. 33 cap. 5. Bernal Diaz, Hist. de la Conquista, cap. 37.